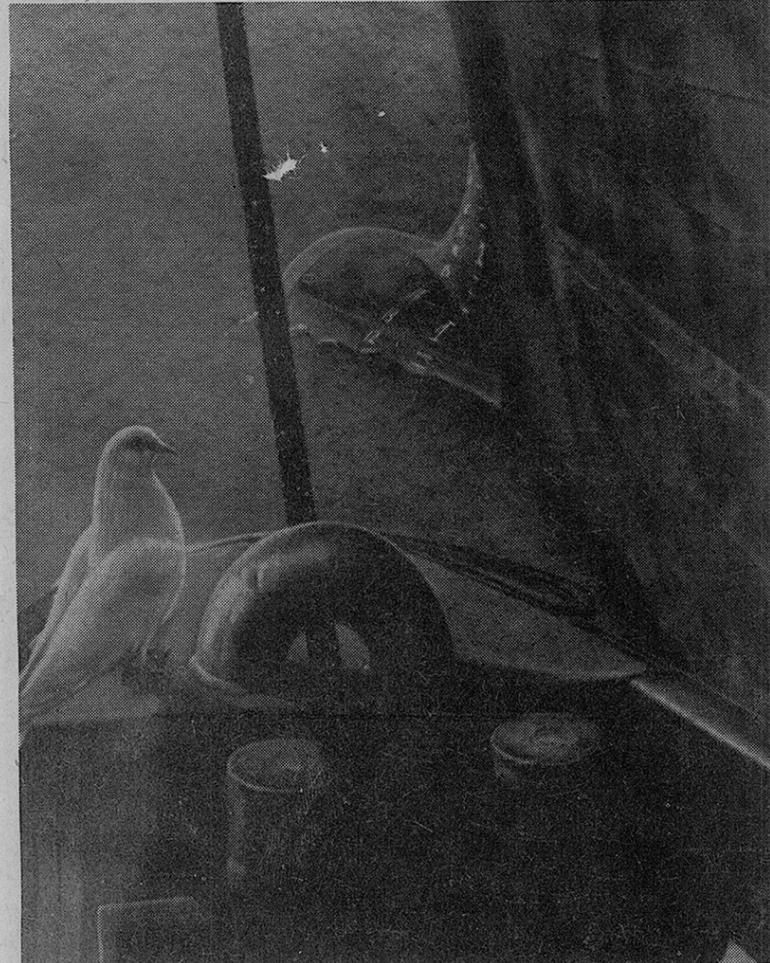


Crítica

La última de Rogelio Pretto



Soga de la esperanza

Por Juan Hochberg K.

Hay una invitación natural a transitar por el "tema" cuando se enfrenta el montaje monográfico de ese "tratado pictórico" que Rogelio Pretto colgó en las paredes de Panarte el 31 de enero pasado. Sucede que lo que él hace, se parece tanto a la realidad que sería, aparentemente, un juego de niños o un blanco de francotiradores abordarlo por el asunto. Pareciera estar ahí, indefenso, fácil a merced de cualquier especulación. Pero es arte. Es plástica. Si hubiera preferido hacer el "tema" para una conversación, lo habría escrito, tal vez.

Aunque, hay que reconocerlo, la tentación es provocada. Su sola presentación doctoral: como "Tratado", estimula un irresistible deseo del espectador de diletar sobre la paz y la violencia, el militarismo y el antimilitarismo, lo nacional y la libertad, inclusive sobre la democracia. Inútil, en parte. A la vuelta de la primera definición está, como última realidad propuesta, un objeto plástico. La manzana del pecado, lo que provoca, es lo figurativo: los personajes tan fácil de indentificar, la opor-

tunidad histórica o sea, la profunda crisis de valores totalizada que rodea el momento en que se presenta la colección.

Pero, para apreciar el trabajo de este Rogelio Pretto, el "Pretto'83", hay que abandonar esas facilidades. Hay que sorber gota a gota los resultados de un rigor evidente en el tratamiento del difícil camino que eligió. Es que ofrecer objetos reconocibles obliga al artista a perfeccionar hasta el infinito -si fuera posible o humano- sus detalles. Cualquier error en ellos sería una alarma estridente que podría acabar con todo. Cuando se hace algo no figurativo, la imperfección puede pasar inadvertida más allá del ojo de los más expertos. En estos casos ninguna podría pasar.

Entonces, hay que festejar el minucioso oficio que nos permite, en el último de los casos, regodearnos como espectadores armando ideas, componiendo categorías sociales y hasta consignas agitativas si nos place. Claro, allí están, son objetos y perso-



Rogelio Pretto

najes reales. Tan reales como pueden haber surgido de ese cocido de imaginación y fotografía cerebral de un artista que, convencido de que para hacer arte hay que revelar al hombre, desmitificar la realidad, los elige de entre los múltiples planos de lo concreto y hasta biológico.

Pero lo real no está solo. Lo transparente, lo mínimo y esos rostros-paredes-superficies con impecables texturas, revelan que no hubo mera intención de fotografiar. Tampoco pretende impactar, hacer espectáculo, con una cierta moda de "hiperrealismo" lúdico, intrascendente, decorativo. Pretto nos propone que nos apropiemos, ahora de otra forma, de algo que ya conocemos. Eso es todo. Por eso rescatamos la forma.

Ahora sí, el "tema" tiene importancia aunque nunca tanto como la obra, como el oficio. Ahora sí, podemos decir que Rogelio Pretto trabaja con fenómenos sociales que existen de por sí independientemente de su arte pero se manifiestan en ese, su arte, rodeados de ciertos recursos fantásticos u oníricos que encubren su carácter real. Pero ese disfraz no aspira a quitarle la esencia de lo concreto sino la presenta como evidencia sensible, sugestiva. Nos sugiere ideas, no nos las impone. Aunque él las tenga, como hombre temporal, como panameño crítico, inquieto, molesto.

Es cierto que define su colección por lo nacional, pero es bueno advertir que ello no es evidente por la presencia casi permanente del símbolo mayor. En todo caso eso abruma hoy en las paredes de una Galería, mañana cuando el cuadro recobre su individualidad habrá que buscar lo nacional en los objetos, en los

personajes panameños tal cual como la retina los atrajo en la vida cotidiana del artista.

A pesar de lo pretensioso de su "tratado pictórico" no dice nada contundente, definitivo, irrefutable. Tampoco parece ser esa su idea general. Si, hay atmósfera de denuncia. Una coincidencia alarmante con el ambiente de crítica orwelliana que este 1984 real nos recuerda a cada paso. Lo más claro en ese camino está en el segmento político de la colección. Habla, casi vociferante, sobre una sociedad controlada, supervisada, manipulada. Trata de probar la tergiversación de los valores. Es su más clara intención temática.

Su manejo de los símbolos y los personajes puede ser considerada por muchos defensores de la patria protocolar y escolarizada, una herejía. Lo herético puede estar en la realidad, pero nunca en la representación que de ella se hace.

Pretto eligió ser polémico casi como oficio. Lo es. Pero ya no por la calidad de su rutina, de su trazo, de su color y sus texturas. En ese terreno ya tiene un reconocimiento como sólido. Lo celebramos.